

(Transcripción no revisada por el autor)

## **RETIRO RAMA FAMILIAR 1995**

### **POLARIDAD HOMBRE - MUJER**

#### **Cuarta charla**

Voy a complementar algo que no quedó muy desarrollado y redondear lo que hablamos en la tercera charla.

Antes de abocarnos a la tercera fuente que nos ilumina desde la fe la relación del hombre y la mujer, el sacramento del matrimonio, veamos algunas notas sobre la sicología que se desprende de nuestra corporeidad distinta, como varón y como mujer; sobre la manera de pensar diversa, la manera de enfrentarse a la realidad y también respecto a nuestra religiosidad.

- La *manera de pensar*. Si todo está impregnado por la sexualidad, la manera de pensar también lo está. Es decir, tenemos una manera de pensar originalmente masculina y una manera de pensar originalmente femenina. Y ambas se dan de diverso modo, en diverso grado. En esto no hay nada absoluto. Lo que queremos lograr es la madurez, la complementación; que tanto el hombre como la mujer sean complementados en su interior, en su alma, en su ser, en su carácter por la originalidad que le aporta el otro sexo. Una persona madura nunca será absolutamente, puramente masculino. Sería un fragmento de hombre. Asimismo, nunca una persona será absolutamente, puramente femenina. Por lo demás, nunca se dan por ser seres humanos. Sin embargo, cada uno es responsable de su originalidad, tiene que hacerla prevalecer en sí misma y regalarla al otro.

En la manera de pensar femenina, siempre está presente lo personal. Es una constante de todo su ser, por la maternidad. La mujer es un ser que está orientado al tú, y eso es lo más radical de su persona.

Por lo tanto, la manera de conocer de la mujer también es netamente personal. Pensemos en la intuición femenina. ¿Por qué esta intuición? Sería tremendo que una mamá tuviera que analizar lógicamente la realidad, objetivizarse, antes de preocuparse de lo que le pasa a su hijo. Esto sería algo típicamente masculino. La naturaleza hizo a la mujer de tal forma que ella capta intuitivamente lo que está pasando dentro.

Inteligencia viene de *intus legere*, que significa leer al interior. En ese sentido, la mujer es más inteligente, lee más adentro, es más intuitiva que el varón, más capacitada para captar la realidad total de la otra persona. La mujer no analiza sino que intuitivamente ve lo que pasa, descubre lo que hay. Se encuentra inmediata con lo profundo de la realidad. Esto, en contraposición, en tensión, con un pensamiento mucho más discursivo, más analítico, más ideológico, más conceptual, más abstracto, que es propio del varón.

También este pensar es necesario, porque guiarse solamente por la intuición, por la manera de pensar intuitiva, afectiva de algún modo, lleva a la mujer a estar demasiado condicionada a los sentimientos. Y a veces, por los sentimientos, no es capaz de ver claro, de analizar tan lógicamente como lo hace el varón. Y esto muchas veces la lleva a no entenderse a sí misma, a no ser capaz de razonar, ver la razón de lo que pasa. Sabe lo que pasa pero no lo sabe explicar. Y esto también es importante porque la mujer es muy receptiva y todo tiene resonancia en ella; no hay nada que se le escape. Uno puede pasar y se le van las cosas, no se da cuenta de muchas cosas que la mujer capta. La mujer capta todo, está como con antenas, no hay nada que se le escape. Todo tiene una resonancia en su interior.

Si la mujer no procesa esta realidad que capta, si no lo objetiviza, no llega a estar en paz consigo misma. ¿Por qué? Porque muchas veces le falta el silencio, porque le falta dejarse espacios de interioridad, que es algo propio de la mujer. Aquí hay algo de tensión en ella, porque por ser tan personal, quiere dar todo, recibir todo, comunicar todo a las otras personas. La mujer siente esa

necesidad de expresarse, pero a veces no tiene la tranquilidad, sin haberse dejado el tiempo para procesar eso que ella va recepcionando.

Esto es algo muy sutil pero que es necesario considerar porque podría llevar a una tranquilidad, a una pacificación, a una mayor clarificación de los afectos y de las ideas en la mujer. Dejarse el tiempo para reflexionar para poder transmitirlo mejor, a semejanza de la Mater que guardaba todo en su corazón. En el Evangelio hay dos oportunidades en que se destaca esta actitud de María: "Y María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón". El varón funciona más con ideas claras y si la mujer se ha podido dejar el tiempo para reflexionar antes de comunicar, podrá transmitirle mejor sus ideas al varón. El varón necesita recibir esa interioridad de la mujer en forma procesada para poder captarla mejor. A su vez, él tiene que ayudar a la mujer a objetivizarse.

Este pensar tan personal, tan cargado de afecto, tiene algo muy valioso. El hombre divide, puede pensar una cosa y sentir otra. Es muy común en los varones; ellos separan. En la mujer está todo unido: en su pensamiento está unido su instinto, el afecto, todo. Y eso hace que muchas veces caiga en el subjetivismo. Es típico cuando alguien falla, por ejemplo un sacerdote, a la mujer se le viene abajo todo el edificio. Cuando cae la persona, cae todo. O cuando la mujer le tiene simpatía a alguien; entonces todo lo de esa persona está bien, ni siquiera piensa que puede equivocarse. Basta con que lo diga tal persona para creerle. Es hermoso pero también es peligroso, porque en un momento la persona puede desengañar y es entonces cuando tenemos que afirmarnos de las verdades, de los principios, de la fe, de lo objetivo. Y esto es muy difícil para una mujer; tiene que pasar por encima de los sentimientos, de su corazón. También al hombre le pasa algo semejante. Es una realidad que en algunas personas puede ser muy acentuado, porque son hiperafectivas y todo lo ven a través del cariño, de la simpatía, o antipatía frene a una persona.

El hombre también puede ser tremendamente frío, abstracto y desligado de la realidad; no solamente desligado de las personas sino también de la realidad. La mujer normalmente no es desligada de la

realidad, aterriza constantemente al varón. Los que han hecho las grandes construcciones ideológicas, abstractas, idealistas, generalmente son varones. Y esto hace que el hombre, en cuanto a la religiosidad, se quede muchas veces en las ideas y no sea capaz de unir la idea religiosa a la persona del Señor, al Dios personal.

Es necesario purificar el afecto para poder conocer la verdad. Si es cierto que la mujer tiene una capacidad de captar intuitivamente la verdad, esto supone su clarificación afectiva, un amor purificado, un corazón crucificado, porque clarificar y purificar los afectos, significa un desprendimiento del egoísmo, de las antipatías, simpatías, hipersensibilidades.

En el hombre pasa lo contrario. En él hay la necesidad que la idea llegue al corazón. El hombre se queda en las ideas, en lo racional, en el pensar, en la discusión, en el confrontar ideas, en reflexiones y más reflexiones. Y eso muchas veces no pasa por el corazón ni pasa a la acción. Esto es una contante frente a la cual el hombre tiene que luchar para que se dé la conjunción de ambas cosas: de las ideas, de los principios, de la doctrina, pero que lleguen a la vida, al corazón, que capten por entero al hombre. Más aún cuando nuestra religión está demasiado marcada por los principios, por el pensamiento religioso, por las ideas religiosas y no por la vida religiosa. Es la separación de fe y vida de la cual tanto habla el P. Kentenich.

- En cuanto a *la voluntad*. Si pensamos en la diversidad, en la manera de amar, en la orientación de la voluntad típicamente masculina y femenina, también encontraremos acentuaciones diversas. Así como el pensar está marcado por lo afectivo en la mujer, en forma muy marcada, también su voluntad está marcada por lo afectivo. Es una voluntad, en primer lugar, de entrega, de darse, de ligarse, y con ello también de servicio.

Recordemos que siempre estamos partiendo de lo mismo: la mujer es madre y como tal está hecha para darse. Tiene a flor de piel un instinto de donación, una voluntad de donación al tú. Y esto no es lo primario en el hombre, por constitución biológica casi. El hombre tiene que llegar a esto. En la

mujer prima ese darse al tú y la legendaria fidelidad femenina. Si se trata de encontrar ejemplos de fidelidad, los encontraremos en mujeres. El hombre tiene que aprender de esta fidelidad. Pensemos en los apóstoles. ¿Quién de ellos permaneció fiel a Cristo? Uno solo de los doce, y era quien estaba más cerca de María: Juan. Todos los demás, empezando por Pedro hasta el último, cuando llegó el momento difícil, de mantenerse fiel al tú, se retiraron. En cambio, todas las mujeres: María, María Magdalena, María la de Cleofas, estaban junto a Cristo. Esto es un don de Dios en la mujer.

El hombre es capaz de decidir más fácilmente. La mujer ve todo, considera todo en forma tan personal que no tiene esa "frialdad" para tomar decisiones rápidas, certeras. Y esto también lo necesita el hombre por su función de cabeza del hogar y porque muchas veces ocupará cargos de gobierno, donde tiene que tomar decisiones claras, fuertes y mantenerlas. Hay que tener un capacidad de llevar a cabo las cosas. Un verdadero hombre debiera ser alguien que tuviera principio claros, que supiera lo que quiere y que de acuerdo a ello decida. Y que lo decidido lo realizara. Eso es lo típicamente masculino. Y el problema se produce cuando actúa a rompe y raja, pasando por encima de todo, sin mayor reflexión. El P. Kentenich, en este contexto, cita algunos proverbios antiguos, como el de un famoso general, del tiempo de los romanos, en la ciudad de Rodos que decía: "Hic Rodos, hic salta", es lo que hay que hacer, sin titubeos.

¿Somos así los varones? ¿Somos así las mujeres? Creo que aquí está la tarea de autoformación, de ayudarnos a ser como debemos ser. Lo que hemos hablado es una tipificación. Los elementos que hemos señalado son los necesarios para una armonía. Tenemos que asumirlos, tenemos que asumir que no tenemos aquellas propiedades que sería deseable tuviésemos como varón o como mujer.

- En el *contexto de la donación del amor y de la voluntad*, en la mujer se da esa totalidad del amor ese unir lo físico, lo sexual con lo afectivo, con lo erótico, lo espiritual, lo sobrenatural; normalmente es un todo. En el hombre, en cambio, normalmente hay una separación de estas realidades; lo intelectual está por un lado, lo físico por otro, lo afectivo más allá; cuesta esa totalidad

pero tiene que lograrse. El trabajo para el hombre será siempre unir lo que piensa con lo que ama, el cuerpo con el alma, llegar a fusionar todas estas realidades en una sola. Por otro lado, para la mujer, esta tendencia a separar debiera ser positiva porque a veces, se da en ella tanta confusión que no se llega a definiciones claras, porque no se separa los sentimientos de lo más racional. Normalmente el varón estará luchando por un aspecto y la mujer por otro, pero tiene que darse, en último término, la armonía. La madurez de la pareja debiera dar esa armonía desde la vida sexual hasta la vida más espiritual y es lo que esperamos como fruto de nuestra madurez como matrimonio.

- También sucede esto respecto *a las decisiones*. A la mujer le cuesta más decidir porque ve todos los aspectos, todas las variables personales y porque tiene sentido de los procesos vitales. En cambio en el hombre hay una tendencia a decir, a hacer y querer tener el resultado inmediatamente, sin mayor reflexión. La mujer sabe que no puede ser así. Su sicología está marcada por el ritmo de los procesos vitales; ella tiene que esperar nueve meses para tener un año. Por eso la mujer tiene que calmar al varón, ayudarlo a esperar, a tener paciencia, paciencia que es muy difícil para el varón. Los varones somos impacientes, queremos estar siempre en actividad y eso no se puede, porque terminamos gastándonos, agotándonos interiormente. (¡¡¡¡ Y no hay salud que resista!!!!). Tenemos que trabajar en el abandono, en la sencillez, en la paciencia. Sin embargo, es necesario tomar decisiones y decisiones firmes. que pueden ser dolorosas.

- En cuanto a la *religiosidad*. Ya hemos mencionado varias cosas en este sentido. Lo que se dice: "El hombre no se salva sino por la mujer", donde más tiene validez es el campo religioso. Una verdadera mujer, imagen de María, representa esa actitud de abertura, de fiat, de dependencia filial frente a Dios. Porque ella siente el misterio de la vida, siente a Dios y lo siente como un poder superior al cual se entrega filialmente. Y esto para el varón es tremendamente difícil, porque está hecho para crear, para manejar la realidad, para armar y por eso mismo le cuesta abandonarse, le cuesta entregarse y ligarse personalmente a Dios. El varón se liga más a ideas; la realización del hombre está en las obras, en lo que hace. Tiene la tendencia de Marta y no tanto de María. Marta es

quien hace, quien trabaja, quien está preocupada de las cosas, de lo que hay que hacer. María, en cambio, es la que está a los pies del Señor, la que ha elegido la mejor parte, según el mismo Señor. ¡Qué sería si solamente hubiera estado María! El Señor no habría comido; pero ¡qué hubiera sido si sólo hubiera estado Marta! Nadie hubiera atendido al Señor.

En el aspecto religioso, sin duda que lo principal es la entrega filial, personal, el re-ligarse personalmente, filialmente a Dios y no sólo hacer cosas por él, pensar o defender la verdad. Para los varones la religión es verdad, es idea, y hay que luchar por esa verdad, por esas ideas, y se juegan por la verdad. Así debiera ser siempre, defender esta verdad. Pero ¿quién está detrás de esa verdad? Nuestra verdad es Cristo, es una persona. Y la religión consiste en entregarse a él, en darse a él. Tenemos que ser firmes en la fe, en los principios, pero más firmes en la fidelidad a quien es la Verdad, al Señor. Tenemos que hacer cosas por él, realizar cosas por él, pero el Señor pasa por encima de las obras, quiere el corazón del hombre, y no tanto lo que hace. La deformación de esta religiosidad viril es la religiosidad del fariseo que dice: Mira, Señor, he hecho tal y tales cosas, págame, porque lo merezco... Pero no es esto lo que más le interesa al Señor. "Un corazón contrito y humillado, Señor, tú no lo desprecias", dice el Salmo. "Vengan a mí todos los que están agobiados y cansados, que yo los aliviaré".

Nosotros tenemos que salvar esta religiosidad del corazón y de los principios, en la cual tenemos que insistir más que nunca hoy día, porque estamos en un momento de relativismo, donde no cuentan los principios; en una era del postmodernismo, donde todo da lo mismo. Nos hace falta una religión viril, de principios, y hombres que se jueguen por estos principios.

Creo que hay desviaciones de una religión masculina y femenina. Se puede caer en pietismo, un sentimentalismo religioso o en un activismo, en un quedarse en las ideas, en los principios y no bajar a lo personal.

Habría muchas cosas más que analizar en este sentido. Tenemos todo un año para hacerlo. El retiro quiere iluminar nuestro caminar por lo menos durante un año. Y lo importante es que construyamos una nueva sociedad mirando hacia tercer milenio, a nuestros hijos, a nosotros mismos, como esos dos polos que tienen que conformar una rica vida de matrimonio. Y eso no se da espontáneamente, por el pecado original que llevamos dentro. Estamos en una cultura donde todo va en dirección opuesta lo que nosotros queremos; estamos en una cultura en la que tenemos que marchar contra la corriente. Estamos en una cultura del unisex, de la no diferenciación de los sexos, de la confusión de los sexos, de una extraordinaria confusión de roles.

### **III. El sacramento del matrimonio**

Es la tercera fuente que nombramos para clarificar el rol propio del varón y de la mujer.

Una nueva luz de lo que tenemos que ser como varón y como mujer, la podemos deducir al reflexionar sobre la gracia y la misión que recibimos con el sacramento del matrimonio.

El sacramento del matrimonio es uno de los sacramentos menos elaborados, acerca del cual no tenemos mucha claridad. Normalmente tenemos bastante claridad respecto a qué es la Eucaristía. Qué es la Confesión, qué es la Ordenación Sacerdotal, qué es la Unción de los enfermos, el Bautismo. Pero si preguntamos qué es el sacramento del matrimonio para cada uno, las respuestas que damos son más o menos como éstas: es casarse por la Iglesia, tener presente a Dios en nuestra casa; tenemos incluso Santuario hogar, nos esforzamos por amarnos... Pero cuando queremos definir el sacramento del matrimonio no nos referimos a la gracia típica del sacramento del matrimonio.

¿Qué es el sacramento del matrimonio, ese sacramento que nos regala el Señor? Para explicar el sacramento del matrimonio, el texto clásico es la epístola a los Efesios, de San Pablo. Es un texto que para oídos modernos y sobre todo postmodernos es muy chocante porque aparece como algo clásico del patriarcalismo y del machismo bíblico y sobre todo paulino.

"Las mujeres deben estar sometidas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificarla mediante el baño del agua en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida sino que sea santa e inmaculada. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien la alimenta y cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia". (Ef 5)

Esta última afirmación de san Pablo es la que nos da la clave. San Pablo habla de la relación del esposo y la esposa, está mostrando cómo el esposo es cabeza, cómo la esposa tiene que estar sometida, le habla al esposo cómo tiene que ser cabeza, cómo tiene que amarla, cómo tiene que darse. Y dice que todo esto lo dice, en definitiva, de Cristo y la Iglesia. Y que nos da la clave qué es y cómo debe ser el matrimonio.

¿Qué es el sacramento? Es un signo sensible y eficaz de la gracia. Es un signo, algo que se ve, que se palpa, algo para dar a conocer otra cosa. Así como el humo es un signo de que hay fuego; una luz roja es un signo de que hay un peligro. Vemos algo sensible, que vemos, que palpamos, que me llega y a través de ese algo descubro algo que no veo. Cuando veo la luz roja no veo el peligro, pero esa luz me lleva a pensar en el peligro. Cuando veo el humo, aunque no esté viendo el fuego, sé que hay fuego. Así también, cada sacramento es un signo visible, misterioso, de una presencia especial de lo sobrenatural, de una realidad de Cristo.

Cuando el sacerdote nos dice: "Yo te perdono los pecados", está haciendo presente a Cristo que perdona. O cuando consagramos el pan, la hostia; este pan es un signo visible, sensible, misterioso de algo sobrenatural, de la presencia real de Cristo.

El sacramento del matrimonio es signo de la relación de Cristo con la Iglesia. La relación, el misterio de la unidad entre Cristo y la Iglesia me lo hace presente el matrimonio. La Iglesia es una realidad sobrenatural, es un misterio. Hablamos del Cuerpo Místico de Cristo para indicar que detrás hay algo misterioso, real pero no visible. Hay una realidad que nos envuelve a todos y que nos hace conformar el Cuerpo de Cristo, el Cuerpo misterioso de Cristo. Es algo real, inefable, pero sobrenatural.

La gracia del sacramento del matrimonio tendría que darnos la capacidad y la misión de ser una imagen concreta, palpable, sensible, visible de la relación entre Cristo y su Iglesia, del amor mutuo de Cristo por la Iglesia y de la Iglesia por Cristo. Si nosotros pensamos que María es prototipo de la Iglesia, la encarnación más perfecta de la Iglesia, podemos decir que el matrimonio debe reflejar, en forma palpable y sensible, la misteriosa unión de amor de Cristo y María, la bi-unidad de Cristo y María.

Pensemos en una Iglesia que es organización, que es ajetreo pastoral, que es planificación; y en una Iglesia que es comunión de amor, donación mutua de Cristo y su Cuerpo Místico. Que es pertenencia mutua de Cristo y la Iglesia.

¿Dónde podemos ver la verdadera Iglesia, el misterio de la verdadera Iglesia, la realidad de la Iglesia? Tendríamos que verlo reflejado en el matrimonio y la familia.

Cuando dos personas se consagran en el matrimonio, se disponen a formar una pequeña iglesia doméstica, una muestra condensada, palpable, de lo que es la realidad la Iglesia, Cuerpo Místico de

Cristo. Mientras más viva un matrimonio la gracia sacramental más resplandecerá la realidad de la Iglesia en el mundo.

Nosotros podemos recibir la gracia del bautismo y esa gracia nos hace hijos de Dios; recibimos el germen de la filialidad divina. Ese germen, esa gracia, puede quedar jibarizada hasta tal punto que ni siquiera podemos distinguir si una persona está o no bautizada. Es necesario que yo cultive, que haga crecer esa gracia para demostrar que soy hijo de Dios, y esto hasta llegar a la santidad. Cuando conocemos un santo, palpamos al hijo de Dios en él, palpamos a Dios detrás de esa persona. Un santo es quien logra la plenitud de la gracia bautismal, siendo fiel al llamado que Dios le hizo en el bautismo, haciendo crecer esa gracia bautismal. Recordemos a San Pablo cuando le dice a Timoteo, su hijo espiritual a quien él había ordenado sacerdote: "Recuerda la imposición de las manos, no te atemorices, cultiva la gracia, que la gracia de Dios no sea vana en ti".

Esto que es claro en los otros sacramentos, en el sacramento del matrimonio no lo es tanto. ¡Cuántos matrimonios después de haberse casado por la Iglesia, se preocupan de desarrollar la gracia de este sacramento! Uno no distingue entre un matrimonio que se casó por la Iglesia y otro que no lo ha hecho o en que ambos se ha vuelto a casar. ¿Qué diferencia hay entre ellos? Viven igual, la casa es igual, hablan lo mismo, compran lo mismo, tienen los mismos valores, el mismo lenguaje, los mismos hábitos, todo es igual... ¿Por qué? Porque se ha perdido la gracia sacramental.

Cuando uno ve y siente una atmósfera diferente en un hogar, uno puede pensar que allí hay una realidad diferente, inefable que habla del reino de Dios, la realidad de una pequeña Iglesia donde Cristo está presente, donde María está presente y donde se puede decir: ¡Miren cómo se aman! Este es el misterio que tiene que anunciar el matrimonio, el misterio que nosotros tenemos que anunciar.

Veamos con más detención este texto de san Pablo. Empecemos con el mayor escollo que tiene.

"Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos como al Señor, porque el marido es la cabeza de la mujer, como Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el Salvador del cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo".

Las interpretaciones de estos textos difieren a interpretaciones ortodoxas. Nosotros veremos una interpretación. Si ustedes encuentran otras, no se extrañen porque puede haber otras posiciones.

El escollo es éste: ¿Cómo yo, mujer, puedo estar sometida a mi marido? ¿Qué significa esto? Las experiencias que tenemos de esto son muy negativas. En una cultura hipervirilizada, hipermachista, en la cual se abusa de la autoridad, donde el hombre llega a la violencia, donde la mujer es atropellada en su dignidad, la mujer no quiere escuchar nada sobre su misión. Esta le aparece siempre como algo indigno, como algo humillante. Nadie que tenga dignidad quiere ser humillada y denigrada.

Es decir, si San Pablo quiere decir esto respecto de la mujer y del hombre, todos estamos en desacuerdo con él. Por cierto, lo que san Pablo quiere decir no es en absoluto humillante para la mujer.

Lo primero que tenemos que ver es la doctrina general de san Pablo que se refiere a la total igualdad entre el hombre y la mujer. Hemos visto que el Génesis ya nos da esta pauta. Dios creó varón y mujer, los hizo macho y hembra, plenamente humanos, iguales en dignidad, iguales como personas humanas. Ni uno menos persona, ni uno menos digno. Este es el dato del Génesis, del orden natural.

El dato de la fe es exactamente igual. Leamos algunos trozos de san Pablo:

"Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, ni esclavo, ni libre, ni hombre ni mujer. Ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús". (Gál.3, 26 ss.)

Es clarísimo. Por la gracia, por haber recibido al Espíritu Santo en nuestros corazones, todos somos hijos de Dios. Todos tenemos la dignidad de ser hijos de Dios. Y ante eso no vale nada el que yo sea de esta o de esta otra manera. Ser esclavo, libre, hombre, mujer, judío, negro, blanco, no cuenta para nada, no hace diferente . Lo más fundamental es que ambos somos hijos de Dios.

Otro texto de san Pablo:

"Por el amor que nos une, les pido que colmen mi alegría siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad ni por vanagloria sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás". (Fil 2,

Es decir, en el amor, por el amor, consideramos al otro como superior a nosotros mismos; es decir, apreciamos más al otro que a nosotros mismos. Yo me considero menos, yo no me doy importancia, me olvido de mí mismo. Lo importante para mí eres tú y tú estás sobre mí. Yo te pongo en un pedestal porque yo te quiero, porque yo te amo. Y esto es lo más hermoso del amor. El amor exalta al tú. Totalmente distinto al estar sumisos. San Pablo supone esta actitud de alma, de corazón.

Leamos un texto a los Corintios????? - cambio cinta)

A los Corintios, San Pablo les dice: Estoy preocupado por ustedes porque yo los desposé a todos ustedes con Cristo. Y quise presentarlos a Cristo como una virgen pura e inmaculada, la Iglesia. Quise que ustedes fueran Iglesia. Y la Iglesia es Esposa de Cristo. Y todos ustedes son Esposa de Cristo, varones y mujeres. Esa es la realidad, la verdad radical de la fe.

La primera frase del texto a los Efesios que leí, acentúa también la igualdad: Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo, en el respeto, en la reverencia a Cristo. En la presencia de Dios, en actitud religiosa, filial, frente a Dios, sean sumisos el uno al otro. Inmediatamente después, san

Pablo dice: Las mujeres a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es Cabeza de la Iglesia.

Aquí empezamos a ver más en detalle este signo sacramental del matrimonio. El hombre tiene la misión, la tarea, la función de representar a Cristo Cabeza. Y la mujer tiene la tarea, la función, la gracia, de representar, de hacer presente, a la Iglesia, Esposa de Cristo, lo cual no tiene nada que ver con la santidad. ¿Cómo era la familia de Nazaret? El de más dignidad, el más Santo, es el último: Jesús. Después María, después José. En el orden de santidad, Cristo, María, José. Sin embargo, el primero en el orden jerárquico es José. Cristo está en el último lugar. El Evangelio nos dice: El Niño crecía en gracia y santidad y *les estaba sujeto, sometido*. Cristo estaba sometido a María y a José. María estaba sometida a José. Cuando deben trasladarse a Egipto, el ángel se le aparece a José, no a María. Y José le comunica a María que deben partir a Egipto y María obedece.

Otro ejemplo de jerarquía y dignidad. Pedro es la cabeza de la Iglesia. Cristo le dice: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. El es la cabeza reconocida por todos, también por María. Y esto no por ser más santo, lo había demostrado claramente. Juan podría haber sido más santo, más fiel. Y más tarde, Pablo le echa en cara a Pedro que no se atrevía a parecer en público con los no judíos. Sin embargo, era la cabeza.

En la corriente feminista hay todo un escándalo porque la mujer no es sacerdote, no es obispo, no es Papa. Conocemos lo que ha pasado en la Iglesia anglicana que ya ha ordenado a mujeres como sacerdotes. Prefieren ser Pedro y no María, sin darse cuenta que María es mucho más, infinitamente mucho más que Pedro. Ella es la Reina de los santos, de la creación, la Reina que está junto a Cristo.

En esto hay aquí algo que se debe a las realidades deformantes de la cultura y por la extraordinaria misión que tenemos nosotros de redimir lo que significa ser cabeza, de evangelizar la autoridad. Si no lo hacemos, no sólo hipotecamos la familia sino que hipotecamos la cultura. Porque, sea como sea, el hombre tendrá que ocupar normalmente muchos puestos como autoridad, como cabeza. Lo

cual no significa que la mujer no pueda ocuparlos y tiene que hacerlo como Cristo cabeza. Es el concepto, el principio de autoridad que tenemos que evangelizar.

Suponemos que esa autoridad en el matrimonio tiene muy vivo, muy consciente, en el amor, que el otro es superior a mí; en la humildad porque yo sirvo, en la entrega, porque me olvido de mí mismo. Esto como regla general.

Específicamente, ¿cómo vivió Cristo la gracia capital, el ser cabeza? De una manera muy singular. Revisaremos algunos textos.

El Evangelio de san Juan, en la Última Cena, cuando el Señor lava los pies a los apóstoles.

"Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros". (Jn 13, 14-15)

El marido es cabeza en el hogar, pero es éste tipo de cabeza. Y tiene que purificar, domesticar al tirano que lleva dentro. Tiene que aprender de Cristo, que se sacó el manto, tomó la toalla, se hincó ante sus apóstoles y les lavó los pies. Esta era una labor de los esclavos. El Señor quiere enseñar no con teorías sino con el ejemplo. Así ejerce él su labor de cabeza. En verdad lo soy, ustedes me llaman Maestro y Señor y así lo soy... Y cuando Pilato le pregunta: ¿Eres rey? El contesta: Sí, lo soy, para esto he nacido. Pero mi reino no es de este mundo, es de otra categoría, yo soy rey de otra forma. Es otro concepto de autoridad la que el Señor nos muestra.

En otro texto. La madre de los hijos de Zebedeo le pide que uno se siente a la derecha y el otro a la izquierda. Y les pregunta si son capaces de beber con él el cáliz. Y ellos le contestan sí. Y el Señor les replica: Eso está dado al Padre distribuir los puestos. Y los apóstoles se indignan.

"Al oír esto los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús los llamó y les dijo: Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. - Recordemos la maldición del Paraíso; "el varón la dominará con violencia". Esto es lo propio del varón no redimido. Pero el varón redimido actúa en otra forma-. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino el que quiera llegar a ser más grande entre vosotros, será como el servidor" (Mt 20,25)

Es la misma enseñanza de la autoridad. Dos tipos de autoridad, dos tipos de maridos. Un marido machista es aquel que trata a los demás como un señor absoluto, como un pachá; llega a la casa pidiendo y dando órdenes como un señor absoluto, y muchas veces ni siquiera han escuchado, ni atendido, ni preguntado a la esposa. Muchas veces también hacen valer su poder con el grito. Y el Señor dice: No tiene que ser así entre ustedes.

Cristo muestra también cómo esa cabeza viril está envuelta por un sentimiento materno; tiene una armonía de lo masculino y lo femenino; la autoridad viril está moderada por lo maternal:

"Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré".

Pensemos en un papá llegando a la casa. Puede venir rendido, fatigado ¿le dice a la esposa que ella ha trabajado todo el día, que descansa con él, que le cuente lo que ha pasado?

"Tomad sobre vosotros mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón. Y hallaréis descanso para vuestro corazón. Porque mi yugo es suave y mi carga es ligera".

Por eso decía anteriormente que la mujer necesita la autoridad del varón, psicológicamente, pero la autoridad así entendida. La mujer necesita un lugar donde reposar; necesita una roca, una cabeza, de este tipo, de esta modalidad de la que habla el Señor.

Hay un plan bastante concreto del desarrollo de la gracia sacramental en nosotros. Hay un plan de autoformación muy exigente. Tenemos que ver cómo Cristo es cabeza y en alguna forma, en alguna parte nosotros tenemos que manifestar esta modalidad de Cristo. Por eso la gracia del sacramento del matrimonio. La gracia capacita al varón -muchas veces tan dado a dominar, a hacer las cosas por su cuenta, a ser violento- para ser cabeza a semejanza de Cristo. Dios instituyó el sacramento del matrimonio para que este tipo de autoridad que nos describe Cristo, se haga visible. Tal como instituyó un sacramento para hacer palpable, para que se experimentara su perdón. La gracia sacramental del matrimonio puede obrar maravillas en la persona, para esculpir en la virilidad, ese tipo de autoridad, de esa manera de ser cabeza como Cristo lo es.

San Pablo explica todavía más:

"Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella".

La primera función de esta cabeza es dar la vida por su esposa. Es consumirse en el servicio, en el amor por esa esposa y por los hijos. El esposo tiene que desvivirse, anonadarse en el amor, como Cristo se anonadó a sí mismo. Cristo fue Rey pero un rey coronado de espinas. Ese rey se dejó crucificar por los suyos; dio la vida por los suyos.

"Para santificarla, purificándola mediante el baño del agua en virtud de la palabra y presentándosela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha, ni arruga ni cosa parecida sino que sea santa e inmaculada"

¿Qué significa esto en nuestro lenguaje schoenstattiano? Por ellos me santifico. Mis contribuciones al Capital de Gracias mi cruz, mi trabajo, todo lo que soy y lo que tengo, lo que hago, lo ofrezco por mi esposa y mis hijos, para que resplandezcan, para que brillen, para que sean inmaculados, para que sean santos.

"Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propio cuerpos"

Y con esto san Pablo va al orden natural. Nadie desprecia su cuerpo. Si uno se pincha un dedo, reacciona inmediatamente; es decir, nadie desprecia su cuerpo sino que lo ama, lo cuida.

"El que ama a su mujer se ama a sí mismo".

En el amor se ha identificado tanto con su esposa que el amor a sí mismo es el amor a la esposa. El hombre tiene muy fuerte la conciencia de sí mismo. Y tiene que llegar a esclarecer esto hasta llegar a decir que este "sí mismo" es esta persona y él. Incluso, lo más alto de ese sí mismo es esta otra persona. El que ama a su mujer se ama más que a sí mismo.

"Porque nadie aborreció jamás su propia carne. Antes bien la alimenta y la cuida con cariño. Lo mismo que Cristo a la Iglesia. Pues somos miembros de su cuerpo".

Nuevamente san Pablo se remonta a Cristo para decir tal como Cristo ama a su Iglesia, como el cariño que Cristo tiene a su Iglesia, así también el marido tiene que tener ese cariño a su esposa.

"Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos harán una sola carne. Gran misterio es éste. Lo digo respecto a Cristo y la Iglesia".

Estas dimensiones de nuestro matrimonio sin duda que no son tan comunes. Creo que nosotros tenemos que abrir una brecha. Nosotros tenemos una gran ventaja, porque pocas comunidades en la Iglesia cuentan con una experiencia de cabeza como la Familia de Schoenstatt. Schoenstatt es un Iglesia en pequeño donde claramente hay un cabeza: nuestro Padre y Fundador. Cada una de estas características que nos presenta Cristo están amplificadas, desarrolladas, concretizadas, encarnadas, en una persona sacramento, signo visible, cabeza de nuestra Familia. Todo el 20 de Enero de 1942 giró en torno a este ser el Padre cabeza de la Familia y nosotros miembros de esa cabeza. La cabeza

de la Familia se entregaba, se ofrecía por su Jardín Mariano. Y todo lo Jardín Mariano se ofrecía por la cabeza. Es el misterio de Schoenstatt, del Jardín mariano que floreció en torno al 20 de Enero.

Hace dos años atrás tuvimos un retiro sobre esto. En esa ocasión decíamos que el Jardín de María lo habíamos desarrollado en el ámbito femenino virginal, en las comunidades femeninas fundamentalmente. En ellas se vivió esa biunidad de cabeza y miembros. Pero en las ramas familiares no. En ese tiempo no existían estas ramas. Pero nosotros tenemos que aplicar esta biunidad. El Padre nos mostró cómo debemos ser cabeza. El explicitó, con todo lujo de detalles lo que significa ser autoridad. Un claro principio de autoridad pero que se ejerce democráticamente; es decir, tomando en cuenta al otro, significando al otro, sirviendo al otro, porque Dios nos habla a través de esa persona.

El Padre en contadas oportunidades actuó dictaminando algo. Porque la cabeza no actúa dando órdenes. Esta es una concepción no cristiana. Y esta forma de ejercer la autoridad en el matrimonio se alcanza por la gracia del matrimonio.

Con esta tarea tenemos que cambiar culturalmente la imagen de autoridad, la imagen de la cabeza, la imagen del varón. En el hogar se decide la cultura adveniente. Los hijos aprenden cómo se ejerce la autoridad mirando a sus padres y expresamente al papá. Los hijos o sufren o gozan la autoridad en el hogar. Y en ese sentido, serán o visceralmente antiautoritarios o tendrán una predisposición positiva frente a la autoridad. Aquí se está jugando la autoridad de Dios, la predisposición subjetiva respecto a la autoridad del Padre Dios, la última autoridad. Nuestra misión es de bastante trascendencia, bastante grave, bastante importancia. La autoridad determina el funcionamiento de la sociedad total, en todos los campos.

Esta autoridad de la cabeza, del varón, es compartida con la autoridad de la mamá, de la mujer. Ambos son autoridad en el hogar. Pero, dice el P. Kentenich, en el hogar, la autoridad de la mujer es una autoridad que apoya y que se apoya en la autoridad del varón. Fuera del hogar, la mujer

perfectamente puede ser cabeza y muchas veces tiene que serlo. Y tiene que serlo a semejanza de Cristo.

El P. Kentenich dice respecto a la autoridad:

Hicimos una segunda afirmación: la autoridad paterna nos regala una polaridad creadora entre padre y madre. Una doble función del padre se orienta a la madre. En primer lugar, ayuda a la madre a que pueda ser realmente madre. En segundo lugar, exige de ella una complementación sin la cual no puede existir. Piensen ustedes que cada día hay más hogares sin padres.

En los sectores populares se da mucho la ausencia del padre, que no está porque se ha ido. Pero también en los sectores socioeconómicos altos, el padre muchas veces no está porque o está jugando tennis, o golf, o en la oficina. La mamá necesita esa seguridad del papá, para liberarse y desarrollar su pesada carga con paz y alegría. Pero el papá necesita complementarse. con la autoridad de la mujer.

¿Se dan cuenta que es un programa inmenso la renovación de la autoridad paterna a la cual debemos aplicar todas las fuerzas d de nuestro ser? ¿Si tuviéramos más educadores que amen de verdad y nunca dejen de amar, que realicen constantemente ese oculto trabajo en lo pequeño!(...)

La primera función: Para ser verdaderamente madre, la mujer necesita la autoridad paterna. Si ella no la experimenta, no tiene un amparo interior en la autoridad paterna, un apoyo, una complementación, veremos que muy pronto se debilita en ella el deseo de tener hijos. Toma aversión a tener hijos, la maternidad no madura suficientemente hasta alcanzar un pleno espíritu maternal. El espíritu maternal trata de desarrollar en sí, de alguna manera, al filialidad. El reino más hermoso del alma femenina es el reino de la

filialidad. En cada mujer hay un niño. En toda mujer clama el niño. ¿Frente a quién desarrollará la mujer su verdadera filialidad aún siendo madre? Frente al padre. En una familia sana, por ejemplo, la mujer no se dirige al padre por su nombre, sino que le dice "papá", así como al revés también el hombre la llama "mamá". Esto no ocurre sólo por interés a los niños sino que nace de una necesidad sana y natural que encierra en sí misma una capacidad de complementación.

La segunda afirmación: la paternidad necesita de una verdadera maternidad para su desarrollo. Sin ella, no puede madurar.

La mujer auténticamente maternal tiene la función de complementar la tarea de la autoridad del padre frente a los hijos. El ansia de poder paternal (viril) debe ser moderada por la abnegación maternal; el despotismo paternal, por la voluntad de servir propia de la madre; la impaciencia propia del padre por obtener productos ya listos y en serie, también en la educación, es complementada por la actitud maternal, cordial y humilde, por esa alegría permanente y serena de la madre. La nerviosidad paternal es moderada a su vez por la conciencia maternal, por el sacrificio y la entrega de sí misma. Este es el ideal de una verdadera madre. ¿Existen todavía hoy mujeres de este cuño? Debemos esforzarnos en lograr nuevamente un pueblo de padres y madres, mujeres y madres ideales, padres ideales, en la renovación de la familia. El Señor se sumergió por treinta años en la familia, vivió por treinta años una vida familiar oculta, para hablarnos claramente por su propia vida. Quería sanar y santificar la familia.

Frente a la función del padre corresponde a la madre una segunda función: calar más hondo y abarcar la totalidad de la vida cobijándola. El padre puede tal vez lucubrar y elaborar grandes cosas con sus pensamientos e ideas creadoras, con su flujo de ideas. Pero estos grandes pensamientos son acogidos en el corazón de la mujer. El hombre

también necesita del corazón de la mujer para desarrollar la fuerza plasmadora de su trabajo Necesita el hombre el corazón de la mujer y de la madre.

No es bueno que el hombre esté solo. Y si está solo, se quiebra interiormente

Además, en tercer lugar, la mujer tiene la tarea de complementar al varón, al padre, en su propia manera de ser, es algo realmente grandioso, valioso y conmovedor. Tendríamos que repetir aquí muchos pensamientos tratados en los cursos anteriores sobre la filosofía de los sexos. No puede descender ahora a detalles por valioso que ello sea. La sabiduría de Dios no plasmó la idea plena del hombre en un solo tipo, sino en dos. Estos dos tipos deben complementarse. Por eso el continuo ir y venir de esos flujos magnéticos entre el hombre y la mujer, por eso el fuerte y noble impulso hacia un complementación de acuerdo al modo de ser propio de ambos sexos. La mujer no sólo cumple una función en el sentido de ayudar al hombre frente a sus tareas sino que también frente a su propio modo de ser. La mujer ideal complementa el modo de ser del varón. La autoridad paterna experimenta una distensión, una moderación por la influencia apacible, por la influencia de acuerdo al ser servicial y bondadoso de la mujer. El ansia de dominio es suavizada por el amor. Así como a la inversa, si se trata de la complementación de la mujer, la fragilidad y la delicadeza propias de la estructura femenina alcanzan un complemento y pleno desarrollo gracias a la fuerza, la seguridad y la firmeza del varón. (Revista de Carisma, N° 6, pág. 94)

Antes de terminar, veamos los puntos que tendría que ver aún. Hemos visto sólo lo referente a la cabeza. Nos queda el ser, la gracia y la misión de ser esposa. En qué consiste este reflejar la realidad de la Iglesia, de María Esposa. y cómo es la unidad de amor entre la cabeza a semejanza de Cristo, y la esposa, a semejanza de María, la Iglesia. Cómo esposo y esposa tienen que fusionarse en un amor indisoluble. Y ese amor indisoluble tiene que ser fecundo. Es decir, ambos, cabeza y esposa, tienen

que constituir una comunidad, una biunidad, salvífica, una comunidad de redención, para llevar al mundo la redención, a semejanza de Cristo y de María, quienes en estrecha biunidad se ofrecen en la cruz y dan a luz a la Iglesia. Esa realidad intangible, tiene que hacerse tangible, visible, en los esposos en el matrimonio, que dan su vida, que se ofrendan en una sola ofrenda al Padre por la santidad de sus hijos y de todos los suyos.